

MIS LECTURAS DE JOYCE. RECUERDOS

Gonzalo Torrente Ballester

Me pasó inadvertida —cosas de la edad, supongo, y también de la ocasión— la traducción parcial que del *Ulises* hizo en su día Ramón Otero Pedrayo a la lengua gallega y publicó la revista *Nós*, no sé qué año, ni en que número, pero muy madrugador, y cuando los ánimos no estaban todavía listos para recibirla, salvo como rareza o extravagancia, a juzgar, pienso yo, por los escasos comentarios, por el reducido ámbito en que fue de verdad leída, por la poca curiosidad que despertó. En los ambientes a los que yo tenía acceso, fue ignorada, lo cual se entenderá mejor cuando se considere que eran convencionales, por no decir reaccionarios, en los que se ignoraba todo lo que ya entonces empezaba a llamarse “la vanguardia,” salvo lo que de ella decían o sugerían los caricaturistas. Personalmente, extravagaba de ese núcleo, al menos en la cuestión ideológica, y por lo que a la literatura respecta, leía cuanto me caía en las manos, y hubiera leído *Ulises* en gallego de hábermelo proporcionado alguien, pero me faltó esa suerte. Mi información, así se retrasó bastante tiempo, y sólo en mil novecientos veintisiete, recién salida de las prensas, pude leer una nueva traducción, ésta completa y en castellano, aunque no del *Ulises*, sino la que del *Retrato del artista adolescente* publicó entonces Dámaso Alonso. Para mí fue un acontecimiento, más efectivo que la primera lectura de Proust, también de aquella época: por alguna razón, entre las dos, he preferido siempre al irlandés. Yo conocía bastante bien a los novelistas ingleses que un muchacho español podía entonces manejar: versiones al francés o al español durmientes en bibliotecas públicas o en la de algún amigo, y por algún azar había llegado asimismo al conocimiento de algún contemporáneo como Chesterton o Kipling; pero aquella manera de narrar y lo que se narraba en el *Retrato...* me resultaba absolutamente nuevo y, sin embargo, adivinado o presentido: como un re-conocimiento y también como un espejo. El prólogo, escrito por Marichalar,

hombre que tanto sabía y tan bien conocía las literaturas anglosajonas, me descubrió un mundo y un personaje de quien no tenía idea, y unos hechos estéticos y humanos que, entre nosotros, conocía poca gente, unos pocos iniciados, como si dijéramos. Como que me dediqué a prestar el *Retrato...* a todos los que estimaba y creía que pudiera interesar, y toda vez que muchos no me lo devolvieron, fueron más de diez, si no recuerdo mal, los ejemplares que llegué a comprar. No faltó, entre esta gente, quien me lo devolviera decepcionado, y asegurando que tal novela de don Armando Palacio Valdés era mejor.

Ya dije el año del hallazgo, y todo esto sucedió a partir de entonces. Busqué, cuando supe de su existencia, la traducción francesa de *Ulises*, pero tardé en encontrarla, mucho para mi deseo, aunque no tanto si se piensa en la edad que tenía por entonces: los veinticuatro años. Es muy posible que, antes, el libro me hubiera decepcionado; a tal edad, llegó en el momento justo, y en circunstancias favorables, porque nos habíamos juntado en el lugar donde menos pudiera esperarse —en mi pueblo— unos cuantos aficionados a la literatura moderna, y uno de ellos, que poseía el libro (y que después me lo vendió,) actuó en cierto modo de guía, o más bien de piloto, en aquella difícil navegación. La versión francesa de *Ulises* es de toda garantía, pero su lenguaje es también difícil, aunque quizás no tanto como el inglés, y fue este lenguaje el primer obstáculo, al que seguían las dificultades intrínsecas al texto, y las muchas connotaciones y significaciones crípticas que la mera palabra escondía. De todo esto, en aquella ocasión, alcancé a saber poco; debo confesar que mi atención se dejó fascinar por los virtuosismos técnicos y verbales, que discutíamos y estudiábamos, con el texto delante, en un rincón de café, mientras la orquesta de señoritas (y alguna vez de caballeros) ejecutaba piezas de repertorio. Por aquellos años, me preocupaba principalmente el teatro, del que empezaba a saber algo, de modo que esta afición me llevó a preferir, del conjunto del *Ulises*, la parte dialogada, que es al mismo tiempo, como se recordará, la más afín al superrealismo, por entonces vigente, o casi. (Entre nosotros, quiero decir; fuera de aquí, su hora de plenitud había pasado.) Aquella caótica y, sin embargo, rigurosa serie de imágenes y de palabras en movimiento y transformación, que alguien había comparado a la decoración monstruosa de una catedral, me parecía, y hoy no he cambiado de opinión, una de las cumbres de la poesía moderna. Cuando nuestro grupo se deshizo, cuando el volumen del *Ulises* pasó a mis manos, muchas veces en muchos años consumí horas, no ya en la lectura, sino en el estudio de aquellas páginas, que hoy todavía cuento entre las más frecuentadas, y me sigue divirtiendo la persecución de las metamorfosis, de las formas imprevistas y sin embargo lógicas en que consiste aquella fantasmagoría, si bien ahora, cuando lo hago, tengo a mano y abierto un ejemplar —precioso para mí— del manuscrito del *Ulises* en su edición facsímil, y también el de otro, éste impreso, de la primera edición, corregido de la mano de Joyce para establecer el

texto definitivo: no con ánimo de estudio, menos aún por seguir una moda, sino sólo por el placer de adivinar en la medida de lo posible el proceso de una invención que se pueda tachar de extraordinaria, y de ver si alguna vez, por algún resquicio, se sorprende el secreto de cómo funcionaba aquella imaginación prodigiosa. Los resultados no son muy ricos, esto es lo cierto: necesitaría un conocimiento del inglés que no poseo para llegar siquiera a los umbrales. De todas maneras, la lectura de este libro conserva para mí su virtud de excitante. A pesar de lo lejos que está mi mente de la de Joyce, y no sólo en magnitud y capacidad creadora, sus páginas encierran la virtud de poner en marcha mi imaginación sin que los contenidos de uno y otro se parezcan en nada: alguna vez dije, precisamente, que mis preferencias literarias y mis mayores admiraciones van hacia aquello o aquellos que yo no podré hacer o seguir jamás, incluso lo que no haría aunque pudiera: pues lo que se puede hacer *también*, se admira menos.

De los contenidos ocultos de la novela, de sus relaciones con la *Odisea*, de cómo ciertos episodios coinciden oscuramente con los de aquel poema, el lector español de hoy puede hallar cumplida exposición en el prólogo que precede a la versión del profesor Valverde; pero, entonces, no era fácil el acceso a las claves, de la mayor parte de las cuales no teníamos ni noticia y que hoy se encuentran con relativa facilidad, incorporadas en su mayor parte ya a la crítica y a la información sobre Joyce. Este tipo de estudios es útil a quien quiera averiguar en que términos una aventura de Ulises o de Telémaco, se muda en otra de Bloom, o de Dedalus, y un escenario del Mediterráneo oriental en otro de Dublín: perseguir las semejanzas y las diferencias, así como las correlaciones, debe de ser bastante trabajoso, y soy de los que lo prefieren ya digerido, y aún así, sin demasiada pasión; el texto del *Ulises*, en lo que denota encierra un atractivo suficiente que permite su relectura continuada sin que importe excesivamente lo que connota. Sobre todo para un escritor, que puede hallar resueltos en él problemas reputados de insolubles. A este respecto, “los frutos sobrepasan la promesa de las flores,” y por mucho que se haya releído, basta abrirlo por cualquier página para descubrirle alguna novedad, aunque sólo sea sintáctica; en tanto que el “sentido,” el sistema de connotaciones, las referencias extrínsecas las hallé siempre decepcionantes: no estoy nada seguro de que se encuentre verdaderamente en el libro la mayor parte de lo que los comentaristas dicen haber descubierto en él.

El lector español pudo disponer, al final de la década de los cuarenta, de una versión castellana, la primera conocida, publicada en la Argentina; y digo “pudo conocer” con cierta exageración, si el lector vivía en la Península, pues eran aquellos los años de la censura más intransigente, y la adquisición de un ejemplar suponía una serie de trámites tan desalentadores como ridículos, entre los que figuraba el compromiso de no prestarlo a nadie. La versión, literariamente hablando, no era buena, pero tampoco eran sus deficiencias tantas como se han dicho, porque sus

argentinismos quedan enteramente justificados si se recuerda que fue traducido por un argentino y publicado en la Argentina, y que lo menos a que tiene derecho un ciudadano es a hablar su lengua. Más importantes son algunos errores de traducción, algunas equivalencias desacertadas, en fin, sus varias caídas y recaídas en los peligros que amenazan a cualquier traductor de Joyce. Pero, pese a todo, el libro cumplió, con su segunda edición, mejorada, la misión que de él se esperaba: la de dar a conocer de manera aproximativa un texto impar de traslación casi imposible. (Conviene recordar que, por aquellos años, la traducción francesa resultaba de adquisición muy difícil, por haberse agotado la edición y por no haber aparecido aun la actual de bolsillo.) De todas maneras, *Ulises* llegó a España tarde y en mal momento. El oportuno hubiera sido de quince a veinte años atrás: quizá entonces hubiera podido ejercer una influencia saludable y orientadora, o, al menos, mostrarnos a los españoles lo que en el arte de la novela ya no se podía hacer. Las dificultades de difusión y las intrínsecas al texto explican sus escasos efectos en el público y su escaso conocimiento. La bibliografía suscitada en España, muy poca: fuera del antes citado prólogo de Marichalar, yo no conozco más que un ensayo, realmente luminoso, de García-Sabell acerca de Joyce, y el tan discutido de Juan Benet; pero el primero no es, propiamente hablando, de crítica literaria, y el segundo hay que entenderlo *cum grano salis*. Lo más completo, en crítica e informativamente de cuanto ha llegado a mí escrito en la península es el mentado estudio del profesor Valverde a su propia versión.

Cuando apareció en España ese *Ulises* argentino, Joyce había muerto, y *Finnegans Wake* llevaba años publicada. La misteriosa gestación de ésta última, rodeada de leyendas; los fragmentos que se fueron conociendo, aunque no en ámbitos muy dilatados, y lo que podía esperarse del autor de *Ulises* si llevaba sus métodos al extremo, hicieron de ella una especie de mito para iniciados. Su publicación tranquilizó la esperanza de muchos y el temor de algunos otros: Joyce, en efecto, había sido fiel a sí mismo, y si su segunda novela se dirigía a un público paciente y de cierta cultura, ésta nueva, tercera y última, la dedicaba sólo a los especialistas, y no a muchos. Supongo sin exageración que *Finnegans Wake* es el libro más difícil de la literatura moderna y uno de los más difíciles de todos los tiempos, y no hablo de mi experiencia, que en este caso no cuenta, sino de algunas lecturas de que fui testigo, llevadas a cabo por personas para las que el texto del *Ulises* era coser y cantar y que, sin embargo, reculaban y se recretaban como un caballo ante el *Finnegans Wake*. Todo esto sucedió tardíamente, cuando ya se habían publicado “llaves,” “claves” y toda clase de comentarios. Fue por el sesenta y siete, primera vez que tuve entre manos un ejemplar del *Finnegans...* y que me di de bruces contra su prosa intraducible, contra esa impenetrable mezcla de sabiduría lingüística, de humor, de intención satírica, de espíritu lúdico, de ánimo destructor, de dominio de todas las técnicas narrativas, en fin, contra esa obra maestra

de la oscuridad que, sin embargo, puede ser iluminada y revelar un contenido que no sé si a fin de cuentas compensa del esfuerzo de escribirla y del de leerla. Ante el fracaso de mis amigos que se ofrecieron a guiarme y no lo lograron, me proveí de claves y comentarios (hasta cuatro de esos libros creo que tengo todavía,) y tras poner de acuerdo las contradicciones, logré enterarme de lo que me interesaba, y —más importante— traducir alguna vez un par de líneas, o más que traducirlas, hallarles un sentido y una equivalencia, pues siendo tan distintos en espíritu y en estructura el inglés y el español, todo intento de traslación que pretenda agotar las significaciones es imposible, como lo ha sido para quienes, parcialmente, lo han traducido al francés y al italiano (en uno de los primeros números de la revista *Chance* se ha publicado una de esas incompletas versiones francesas, y el que tenga tiempo de compararla con el original inglés, verá cómo la multiplicidad de sentidos que encierra éste se empobrece lamentablemente en aquélla). No hay más remedio, pues, que conocer el inglés, en medida escasamente frecuente, incluso entre ingleses mismos, y ayudarse de los comentaristas. El trabajo es divertido, pero, ¿no es asimismo, el final, decepcionante? ¿Vale la pena tanto esfuerzo? Mi opinión no cuenta, pues semejante ejercicio no me es dado realizarlo, y bien que lo siento: me guío por comentarios ajenos y por cierta sospecha personal. Quienes buscan “le plaisir du texte” se satisfacen, sin duda, con el del *Ulises* pero no estoy seguro de que el de *Finnegans...* proporcione la misma satisfacción, como no sea la del atleta golpeado y cansado que llega, por fin, a la victoria. *Finnegans Wake* es la antinovela por excelencia, la negación de lo novelesco tal y como veníamos entendiéndolo, pese a la naturaleza de sus materiales incomparables. ¿Podemos entenderlo como el juego siniestro de un genio vengativo? ¿No quiso Joyce cerrar con esta obra el camino a toda posibilidad narrativa, no quiere decir “Hasta aquí y nada más”? Y, sin embargo, ¿no son muchos los que viven de sus migajas, los que repiten con otra música la casi totalidad de sus temas? *Finnegans Wake* es inmensamente rica de materiales verbales, imaginarios, históricos, míticos. ¿No estamos todos en su estela, en su “wake”? ¿Y no será porque, a pesar de todo, es un libro genial?